



Historia Crítica

ISSN: 0121-1617

hcritica@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

cobo borda, juan gustavo
no: arciniegas no ha muerto
Historia Crítica, núm. 21, enero-junio, 2001, pp. 49-53
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81112120004>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

no: arciniegas no ha muerto

juan gustavo cobo borda *

La taberna de la historia, el libro póstumo de Germán Arciniegas¹ (1900-1999), pone a dialogar, en Cartagena de Indias, en una taberna llamada Magallanes, a Cristóbal Colón, Amerigo Vespucci y Vasco Nuñez de Balboa. A la reina Isabel de Castilla y al papa Borgia.

Lo hace con agilidad y soltura y su innegable erudición apenas si se percibe en una cita sabrosa. En una tesis imprevista. Toda su vida de escritor estuvo supeditada al periodismo y esto hace que sus páginas se resientan de premura y esquematismo, pero también dichas páginas adquirieron agilidad y capacidad de síntesis.

En ocasiones puede dar la impresión de que da demasiadas cosas por sobreentendidas, pero en realidad el siglo íntegro que dedicó a hablar de las mismas figuras, antes mencionadas, lo convirtieron en un formidable divulgador y en un pedagogo insustituible. Le daba vueltas a una materia común, analizándola desde todos los ángulos. Sus enfoques variaban con los años, con los viajes, con las coyunturas (el caso del Quinto Centenario del “descubrimiento”), pero el tema central ya lo había trazado desde su primer libro, *El estudiante de la mesa redonda*²: era América como problema. La mejor manera de contar su historia.

Gracias a esa constancia, sucesivas generaciones de lectores han obtenido una visión sencilla de asuntos complejos. El desfase, por ejemplo, en el descubrimiento, entre las utopías que los impulsaron y los hechos que refutaron tales teorías, visto todo ello como un escenario teatral al cual se presentan, se confrontan y salen, para volver bajo un nuevo avatar, los recurrentes Colón, Vespucci o la reina Isabel. O las diferencias abismales entre una visión eurocentrista del mundo y una incipiente pero necesaria aproximación americana, que él contribuiría a proponer, con ardor misionero. O el contrapunto, en la Independencia, entre Bolívar o Santander.

Pero lo valioso es que tales temas adquirieron rostro humano y quedaron amonedados en perfiles inolvidables. Viven, también, gracias a una levedad poética y una picardía cómplice que hizo de su estilo uno de los más naturales y desenvueltos dentro de la secular rigidez colombiana. Era un trabajador infatigable, que parecía dispersarse entre demasiados compromisos, pero hasta el final de sus años logró conservar un asombro juvenil y unas convicciones firmes que le permitieron entender el vertiginoso mundo en que le cupo vivir, y que iba desde el invento de la luz eléctrica y el uso generalizado del calzado hasta la llegada del hombre a la luna y el fax para comunicarse con un vasto planeta en el que jamás se sintió provinciano. Por el contrario, atravesó el siglo, en vivaz contacto con el mundo, y la ceguera de sus últimos años sólo le sirvió para perfilar mejor sus recuerdos. El balance de una singular aventura. En 1996, en el prólogo al libro *Desocupado lector*, trazó esta fotografía inquietante:

“Cuando nosotros comenzamos a saber del siglo XIX, lo aprendimos en los retratos que traían los paquetes de cigarrillos “La Legitimidad”, que eran como un resumen de los textos que

* Juan Gustavo Cobo, poeta y ensayista, ha sido editor de numerosos libros de Germán Arciniegas. Fue él quien inició la revalorización de Arciniegas con sus dos recopilaciones críticas, *Arciniegas de cuerpo entero*, Bogotá, Planeta, 1987 y *Una visión de América. La obra de Germán Arciniegas desde la perspectiva de sus contemporáneos*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990.

¹ Bogotá, Planeta, 2000.

² Madrid, Juan Pueyo, 1932.

enseñaban en los colegios. Retratos de generales con bigotes y barbas, retorcidos al estilo de Napoleón III, casacas militares y kepis del ejército francés. Era como tener un libro de historia en un cuaderno de pegados. Se había independizado la Nueva Granada de España para acabar el siglo dejando el campo de Palonegro cubierto de calaveras. Los campesinos habían hecho una pirámide de cráneos que quedaba como el testimonio de la pelea, y si un gallinazo se paraba sobre el cráneo del vértice, y mentalmente se ponía un letrero debajo que dijera “Libertad y Orden”, quedaba retratado el escudo nacional de un modo que nos produce horror”³.

lectores de arciniegas

Esta empatía irreverente con un pasado que vive sólo gracias a sus palabras fue el que le permitió dinamizar la historia y escalofriar (llenar de escalofrío) a todos los académicos, los de antes y los de ahora, con su desparpajo. Fue también lo que le granjeó una cálida simpatía, en todo el continente, donde los lectores más insospechados seguían sus libros, uno tras otros, obligando a reeditarlos. Una de las razones de su éxito la captó muy bien Macedonio Fernández, el gurú de Borges, quien en una carta de abril d25 de 1940, le decía así a Arciniegas:

“Muy grata noción de Ud. me formé ayer: creo conocerlo. Por ejemplo, creo que en Ud. son agudas y quizás sobreaguadas su emocionalidad de Comicidad y su opuesta la de la Tristeza: mate ésta. Me inspira Ud. especial confianza” creo no equivocarme. Suyo Macedonio Fernández”.

Esa comicidad, esa saludable inmadurez, le permitía deslizarle a su confidente y amigo Eduardo Santos, sus revulsivas paradojas: “En Colombia se puede decir todo, menos la verdad”, pero ese sonreído escepticismo nunca le debilitó su impulso generoso. Luchó, sin tregua, y los testimonios al respecto son harto elocuentes. Víctor Raúl Haya de la Torre, el fundador del APRA, escribía en 1965:

“Pues aunque Arciniegas no sea un político, ni un economista, ni un tecnólogo, es un ilustre humanista y, ante todo, un gran latinoamericano con plena conciencia de tal; quien siente y calibra nuestros problemas y presiente sus soluciones con esa intuitiva visión de los poetas, vale decir de los hombres con imaginación creadora”.

Quizá por ello se entendió tan bien con los poetas vivos y muertos, de Silva a León de Greiff, hasta llegar a su amigo mexicano, Carlos Pellicer, quien le transmitió su pasión por Bolívar y le dedicó un revelador poema: “A Germán Arciniegas, en Bogotá”, que dice así:

“América mía,
te palpo en el mapa de relieve
que está sobre mi mesa favorita.
¡Qué cosas no te diría
si yo fuese tu profeta!”,

para luego recalcar el anti-imperialismo vehemente de una generación marcada por el zarpazo de Panamá y la figura del gran cazador, como Rubén Darío llamaba a Teodoro Roosevelt:

“Y toda tú, Amada, y tus islas envilecidas
por un desembarco brutal.
Y tus breves repúblicas raídas

³ COBO BORDA, Juan Gustavo, *Desocupado lector*, Bogotá, Temas de Hoy, 1996. Prólogo de Germán Arciniegas, p. 15.

Por la extranjera voracidad”.

Pero el enemigo también estaba en casa y la galaxia de dictadores que Arciniegas desenmascaró en su libro Entre la libertad y el miedo (1952), le brindó insólitos reconocimientos: mujeres argentinas escondían estas páginas en sus ropas íntimas para burlar así la censura de Perón. Más ponderado, Mario Vargas Llosa dijo en 1989 a La Nación de Buenos Aires:

“Hace cuarenta años Germán Arciniegas describió en un célebre ensayo –Entre la libertad y el miedo- la lucha de los pueblo latinoamericanos por emanciparse de los gobiernos despóticos y corrompidos que asolaban el continente. Esta lucha hoy, en gran parte, está políticamente ganada. Esta es una victoria fundamental, pero insuficiente. Ser libres siendo pobres es gozar de una libertad precaria y sólo a medias. La libertad cabal y plena sólo florecerá en nuestra región con la prosperidad que permite a los hombres plasmar sus sueños y concebir nuevas fantasías”.

Sueños y fantasías: estos nunca fueron ajenos a Arciniegas. Proyectó a Jiménez de Quesada como inspiración del Quijote y su Biografía del Caribe tuvo su más severo lector en el Che Guevara, cuyos Apuntes de lectura rescata la revista Casa de las Américas de La Habana, en 1991:

“El hecho económico, el leit motiv sobre el que gira la accidentada biografía ribereña al mar del Caribe se diluye en ironías intrascendentes, en demostraciones de una profundísima cultura anecdótica y de un ágil y bien manejado castellano.

Si en algún momento roza el drama de la época, la terrible amenaza del imperialismo yanqui, lo hace con frases lamidas y tangenciales y refiriéndose a hechos que ya pertenecen a la historia, como el arrebato del canal de Panamá.

Si resalta la pistoleral acción de Teodoro Roosevelt, téngase en cuenta que su fino, despectivo y caballeresco sarcasmo se abate sobre los que cercenaron su patria. Arciniegas tiene inteligencia y, sobre todo, cultura para dar una gran obra sobre el tema, pero no puede hacerlo porque su saber está sólo a disposición de su causa personal”.

Pero su causa personal, no cabe duda, era la causa americana. Una causa hirviente y polémica que lo colocaría siempre en el vórtice del huracán. Obispos de Medellín pedirían que se cerrara su cátedra de sociología americana. Iracundos periodistas venezolanos exigieron su expulsión por haber llamado a Simón Bolívar “el primer indocumentado”. España presionó para retirarlo de la Comisión del Quinto Centenario. Arciniegas había sostenido que el Descubrimiento era importante, pero que la Independencia era igualmente importante.

La lucha era larga y llena de heridas, derrotas y desfallecimientos, pero Arciniegas no cejó en la brega. Tendría de presente de seguro lo que Alfonso Reyes le escribió desde México en 1946:

“Me temo que mi respuesta sea algo sombría; así es nuestro provenir, según yo me lo represento. No debo disimularle que estoy triste. Sin embargo, creo que en público hay que insistir siempre en la esperanza”.

La esperanza que mantiene abierta sus libros, felizmente inagotables.

un hacedor infatigable:

Cuando Germán Arciniegas publicó, hacia 1918, sus primeros artículos en lo que luego sería su legendaria columna de *El Tiempo*, sus preocupaciones eran la libertad de cátedra, la autonomía universitaria y la pérdida de Panamá. Formaba parte de una generación que había leído a Rubén Darío, a José Enrique Rodó y que luchaba por una utopía que más tarde Arciniegas llamaría América Ladina. Plural, híbrida, mestiza. Ochenta años después continuaba con su obsesión.

Era un curioso y un activista, y cuando los estudiantes lo eligieron representante a la Cámara, en 1932, no imaginaban que su carrera política se vería truncada por su tardío ingreso a la literatura. Pero el paradójico Arciniegas tumbó los muros de la Universidad y convirtió la extensión universitaria en esa cátedra amena y ambulante que fueron sus libros. El primero de ellos, *El estudiante de la mesa redonda*, del mismo 1932, resultó un breviario entusiasta, que se leyó en todo el continente y que de Fray Luis de León, perseguido por la Inquisición, a los estudiantes venezolanos encarcelados por Juan Vicente Gómez, renovó, con saludable irreverencia, el ambiente clerical de nuestras letras.

Tenía gracia y encanto, y sabía enlazar lo nuestro con lo ajeno. Abrió ventanas y, a pesar de sus grandes manos de campesino sabanero, se le adelantó a su amigo León de Greiff y miró con profundidad y deleite ese mar de bucaneros sintetizándolo en un libro perfecto: *Biografía del Caribe* (1945). Gabriel García Márquez, quien lo leyó con provecho, diría años más tarde: “Germán Arciniegas, el más prolífico y metódico de todos, el único autor colombiano que disfruta de un mercado internacional y también el único que puede definirse como escritor profesional”.

Pero este poeta de la prosa era así mismo un liberal santista militante a quien la censura conservadora de los años 50 vetó sus columnas, y quien pasó una década de exilio en la Universidad de Columbia, en Nueva York. La distancia le dio una perspectiva más ancha del continente, y a de allí saldría la más documentada denuncia de nuestros dictadores: *Entre la libertad y el miedo* (1952). También allí prepararía *El continente de los siete colores* (1965), una historia de la cultura de América Latina donde aplicaría sus métodos: humanizar los héroes, reivindicar a las mujeres y brindar desde abajo, desde el pueblo, una nueva perspectiva para reconocer el papel del hombrecito, del Don Nadie, en la creación colectiva de una historia común. El arte terminaba por otorgar la consistente continuidad que la política negaba a diario.

Siempre polémico, siempre irreverente, otra de sus tesis la expuso en *América en Europa* (1975), con un sugestivo acopio documental. Lo que ha ido de América hacia Europa es igual de importante que lo que vino de Europa a América. Este continente de hombres libres tiene derecho a una independencia física, económica y mental. Quizá por ello sus empresas culturales abarcán, entre otras, la creación del Museo Nacional y el Museo Colonial, la firma del decreto que creó el Instituto Caro y Cuervo, y el terco y empecinado vicio de fundar revistas: *Universidad*, *Revista de las Indias*, *Revista de América*, *Correo de los Andes*. Buscaba espacios amplios y hospitalarios para confrontar las ideas y para que sus amigos de toda América tuvieran tribuna propia: Francisco Romero, Victoria Ocampo, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, con quien preparó una antología de Andrés Bello, Leopoldo Zea, Arturo Uslar Pietri y Luis Alberto Sánchez. También logró que Jiménez de Quesada, los Comuneros y Simón Bolívar volvieran a ser lo que siempre fueron: seres en conflicto, capaces de plantear dudas e incentivar acciones. Todo ello gracias a la ágil prosa de Arciniegas. Sencillo, humilde y siempre generoso con sus colegas, redactó un libro pionero, *Fernando Botero* (1979), y encontró en la Italia de los Medicis

y los Vespucci un paraíso encantado. El de la bella Simonetta. Por ello, en este siglo infame, donde todos los ideales terminan convertidos en negocios perversos, la democrática tarea de Germán Arciniegas constituye la más válida y enérgica de las respuestas. Nos enseña a pensar por cuenta propia y sus 60 volúmenes nos acompañan, frescos, ágiles, traviesos. No. Arciniegas no ha muerto⁴.

En el reciente libro de Roger Chartier, *El juego de las reglas: lecturas, encuentro* estos dos párrafos que constituyen una imprevista reivindicación de aquello que Arciniegas, híbrido de historiador y escritor, intentó en su escritura:

“Escribir historia es siempre construir un relato y producir una interpretación a partir de datos verificados. ¿Cómo postular, entonces, que ese relato mantiene una relación de verdad con la realidad oculta de la que intenta dar cuenta? De allí, en la década de 1960 y computadora en mano, la tentación de someter la historia a un paradigma ‘galileico’, matemático, estadístico, y establecer relaciones y generalizaciones con certeza absoluta. En un famoso artículo [...], Carlo Ginzburg ha resquebrajado esa ingenua ilusión al recordar que la historia es siempre un conocimiento indirecto, un saber conjetural, una tarea fundada, sobre todo, en la recolección y la interpretación de indicios. Su modelo no es el físico en su laboratorio, sino Freud a la escucha de sus pacientes, o Sherlock Holmes sobre la pista del culpable. La historia equivoca el camino al creer fundar su status de verdad sobre los rigores de cifras y leyes, ya que responde a otro paradigma de conocimiento, que infiere las causas a partir de los efectos y que considera relevantes las diferencias individuales”⁵.

La historia no es una fábula, ni una ciencia exacta, ni la libre invención que caracteriza a las obras de ficción, pero sin ellas tampoco es capaz de dar razón de ser a ese individuo único, diferente, que en ese espejo colectivo de versiones enfrentadas encuentra su verdad. La verdad americana que paulatinamente, y durante un siglo, Arciniegas nos fue revelando, con humor, gracia y tesón.

⁴ He retomado y ampliado la nota necrológica sobre Germán Arciniegas que escribí para *Le Monde* de París, publicada el 3 de diciembre de 1999. Otra visión complementaria se encuentra en el prólogo que escribí, con el título de “Los libros de Arciniegas”, para el Catálogo del Fondo Especial Germán y Gabriela Arciniegas, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. XI-XIX. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia, tomo 7. Fue reproducido con el mismo título por *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, Nº 596, febrero 2000, pp. 107-117. A él remito para las relaciones de Arciniegas con la historia americana, a través de los libros que leyó y que donó a la Biblioteca Nacional de Colombia (son 15.934 volúmenes, lo que constituye un hecho insólito en Colombia, digno de resaltar). Son ellos el sustrato necesario de los 60 libros que escribió. Finalmente, al compilar *América Ladina* (México, Fondo de Cultura Económica, 1993), pude sugerir en el prólogo y la selección la importancia de Arciniegas y las peculiares características de su fecunda tarea.

⁵ CHARTIER, Roger, *El juego de las reglas: lecturas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 278.